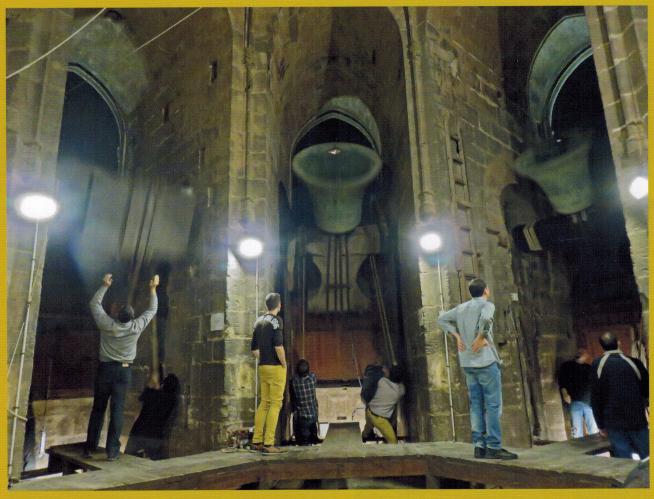


III HISPANIANOSTR

REVISTA PARA LA DEFENSA DEL PATRIMONIO CULTURAL Y NATURAL

Marzo 2017 - Nº 26





Campaners de la catedral de Valencia tocando el vol de la sardina (26-12-2014).

Las campanas, ¿ruido sagrado?

FRANCESC LLOP I BAYO

Antropólogo. Presidente de los campaners de la catedral de Valencia

En los últimos tiempos las campanas son denunciadas, prohibidas, limitadas, ya que su *ruido* supera los límites razonables marcados por las diferentes reglamentaciones locales o regionales sobre control de ruidos.

El modelo se repite: alguien compra una casa en un entorno histórico o rural, atraído por el estilo de vida, y descubre que hay unas campanas que suenan.

Denuncia al ayuntamiento, envían los técnicos, se hace la medición que supera los 60 dB que marca la legislación. El ayuntamiento o la iglesia no dan la respuesta esperada por el recién llegado que denun-

cia al juez, que siempre resuelve en favor del forastero y de su deseada tranquilidad.

¿Es esto correcto? Vamos a repensar las campanas no como objeto ruidoso sino como elemento patrimonial, lo que supone aceptar que su existencia forma parte del paisaje sonoro, del mismo modo que

la torre o la fachada del inmueble forman parte del paisaje visual.

Primero, ¿qué es Patrimonio? Patrimonio es aquello que da sentido a una vida en comunidad, aumentando su calidad de vida. Patrimonio es un valor añadido que no cambia el objeto en sí, pero que modifica la mirada del que lo contempla.

La Ley de Patrimonio Histórico Español, las diversas Leyes de Patrimonio comunitarias, tienen otra vertiente negativa y necesaria: para que gocen todos de su patrimonio, algunos deben sufrir limitaciones, incluso en los términos más sagrados e inviolables como la propiedad privada. El propietario de un Bien de Interés Cultural tiene limitados sus derechos para preservar los derechos de la comunidad.

Estas limitaciones no se aplican al patrimonio inmaterial, especialmente en el caso de las campanas.

Campanas y campanarios: un solo instrumento musical

Con el patrimonio material ocurren cosas curiosas. Los campanarios son considerados como objeto arquitectónico o como icono de una comunidad. Pero se olvida el patrimonio inmaterial: una torre es, sobre todo, el instrumento musical de su comunidad.

Las espadañas de Castilla o de León *suenan* diferente de las torres andaluzas, así como las torres románicas del Pirineo tienen una sonoridad propia, diferente de los campanarios valencianos, o de las torres extremeñas.

Hay una tendencia reciente (y destructiva) a considerar las torres mudéjares como antiguos minaretes evolucionados (que casi nunca lo son), escondiendo o fijando las campanas, que ya no suenan igual que antes de la intervención arquitectónica.



Curso de campaneros en la catedral de Pamplona (12-06-2011).

La torre de las campanas se hizo con mucho conocimiento acústico para que las campanas sonasen de cierto modo, para que se tocasen según las normas locales, para que su sonido llegase lejos.

Ese es otro misterio: cómo evolucionaron independientemente los toques de campanas en España. La pista la dan las 95 catedrales existentes: cada una con territorio propio trató de construir un lenguaje diferenciador de las diócesis que la rodeaban. Y así en Toledo o en Barcelona las campanas oscilaban, hasta quedar invertidas, en Sevilla,

Córdoba o Murcia las grandes estaban fijas y volteaban las pequeñas (el mismo modelo exportado a América y que sigue reproduciéndose en México), en Aragón las pequeñas estaban fijas y volteaba (o bandeaba como dicen en toda la Ribera del Ebro) la campana mayor. O en Valencia, donde volteaban todas. O en Castilla y León, y también en Navarra y Euskadi, donde las campanas estaban fijas y solamente se movían los badajos. Lenguajes propios que iban asociados a los templos y a sus torres, y que marcaban, de manera profunda, el paisaje sonoro de cada lugar.



Campanera de Oiartzun participando en un encuentro de tocadores de campanas en Meruelo, Cantabria (23-08-2009).

El tiempo, los tiempos tradicionales

El tiempo tradicional era el tiempo de la Iglesia. O quizás la Iglesia adaptó el triple tiempo natural (ciclo semanal, lunar, solar) a sus necesidades. Ni la semana, ni el mes lunar. ni el año solar están relacionados, ya que cada uno tiene su propia lógica. Las fiestas aparecen fijas o variables si se basan en uno u otro calendario. La semana no se corresponde con el ciclo lunar ni con el solar. Navidad puede considerarse como fiesta variable (cae en cualquier día de la semana y en cualquier momento del ciclo lunar) mientras que Pascua sería fiesta fija (cae siempre en la luna llena de abril y en domingo).

Al triple calendario para las fiestas, se une la dependencia a la luz

solar. Las limitaciones tecnológicas tradicionales restringían las actividades a la jornada. No había una falta de libertades cuando evitaban salir por la noche; tampoco había luz por las calles.

Añadamos la concepción del día: 24 horas, las horas 60 minutos y los minutos 60 segundos, pero los relojes, que no aparecen antes del siglo XIV, eran poco exactos hasta el siglo XVIII. La propuesta del historiador Le Goff de que con la aparición del reloj en la sociedad medieval cambia la percepción del tiempo puede que sea aplicable en el centro de Europa; aquí no desde luego.

Primero porque no sabemos cómo medían el tiempo. Y segundo porque sabemos que el tiempo litúrgico, que es el tiempo natural, fue referencia hasta nuestros días. Así en una ciudad como Palma, hasta finales del siglo XIX, tenían un reloj de 14 horas, que ponían a cero al amanecer y al atardecer: cuando decían que era las tres de la noche o las cuatro del día querían decir que habían pasado tres o cuatro horas desde el anterior remontaje, y todo el mundo lo entendía, porque era una referencia compartida.

Este orden temporal a partir de los relojes se diferencia también en nuestra península del norte de Europa: cuando en Flandes construían dos torres diferenciadas, una municipal para el reloj, que acabó derivando en carillón que transmite melodías, y otra eclesial para las campanas, que transmiten avisos basados en ritmos, en nuestras tie-



Concierto de los campaners de la catedral de Valencia en Aldaia (25-11-2006).

rras, incluso hoy, se llegaron a acuerdos o concordias para utilizar la misma torre con fines diferenciados. En la parte inferior las campanas litúrgicas y eclesiales, en la superior las campanas del reloj, municipales.

En nuestra sociedad tradicional, y casi hasta el presente, los toques litúrgicos organizaban la vida comunitaria: el toque de alba llamaba a la oración, pero indicaba con gran exactitud el momento de la salida del sol, el inicio del trabajo. Y el ángelus, a medio día (las dos actuales) era la hora de parar para comer, y la oración de la tarde, el regreso a casa. Incluso el día comenzaba al mediodía, con el sol más alto.

Un reloj era máquina de prestigio y de poder, pero de escasa utilidad, si la vida dependía de la tecnología dependiente de la luz solar. Sin embargo el toque del reloj era un derecho municipal. O mejor dicho, un derecho ciudadano y una obligación municipal, de transmitir el paso del tiempo para referencia de sus habitantes.

La desaparición de los toques de campanas

Los toques de campanas desaparecieron, de modo general, en los años sesenta. En el inventario de las campanas de las Catedrales que realizamos para el Ministerio de Cultura* documentamos que la práctica totalidad de las torres había perdido su campanero entre 1965 y 1980. Una catedral (Mondoñedo) sigue conservando el

campanero tradicional, sin ninguna mecanización, pero en el resto las manos amorosas de los campaneros fueron sustituidas por motores u otros mecanismos para aporrear las campanas. Hemos dicho *aporrear* de manera consciente: los antiguos toques diferenciados de cada catedral fueron sustituidos por toques homologados, que dependían de la empresa instaladora, y también de los recursos económicos. Si había dinero, las campanas a volteo

^{*} Álvaro Muñoz, Mari Carmen; Llop i Bayo, Francesc. *Inventario* de las campanas de las Catedrales de España, http://www.campaners. com/php/catedrals.php (permanentemente actualizado).



Asociado de los campaneros zamoranos en un encuentro de campaneros en Moreruela de los Infanzones (20-08-2016).

(aunque no fuese tradición local: ilo antiguo era obsoleto!), si no había presupuesto, electromazos u otros mecanismos que golpeaban las campanas según los toques que a la empresa le parecían bien.

La mecanización suponía la disminución de la diversidad y la sustitución de los campaneros. Con los nuevos mecanismos aumentaba la *comodidad*, ya no había que subir a tocar las campanas. Pero los motores y otros ingenios se ponían de tal modo que ni reproducían los toques antiguos ni permitían los manuales.

La mecanización no sólo supuso una pérdida de las diferencias, también un aumento de los toques. El antiguo campanero no sólo diferenciaba los tipos de días o las clases de los entierros, marcándolos con distintos toques; además, se cansaba

tocando, y los toques eran de escasa duración. El campanero trataba, sobre todo, de no aburrir ni aburrirse, tocando de manera monótona. Los motores no se cansan. Y deben tocar siempre igual, excepto si están averiados. Los volteos manuales de escasos minutos fueron (y son, lo que es peor) sustituidos por volteos o repiques monótonos que pueden durar varias horas.

Nuevos campaneros

A finales de los ochenta han surgido nuevos grupos de campaneros: voluntarios bien formados, que emplean su tiempo libre no sólo tocando sino conservando, divulgando, educando. A menudo hay una ruptura temporal con los antiguos campaneros; parece que unos años de mecanización sensibilizan a la comunidad para recuperar sus toques manuales.

Estos grupos han propiciado una segunda restauración de campanas, recuperando los yugos de madera, los toques locales mediante nuevas tecnologías, y la posibilidad de toques manuales. Estos grupos aparecen en algunas catedrales, previamente mecanizadas: Segorbe, Tarragona, Valencia. Incluso, más recientemente, Pamplona.

Posiblemente los primeros fuimos los valencianos; es cierto que por nuestra manera de ser siempre los *más modernos*, mecanizamos las campanas antes que nadie. Incluso se motorizaban sustituyendo al campanero en activo. No ocurre lo mismo en otros lugares donde mientras hay campanero se evita el motor.

Ahora hay dos grandes movimientos campaneros en España: por un lado, valencianos, navarros y zamo-









Remontando el reloj de la Catedral de Santiago (20-07-2016).

ranos, gente joven que descubre las campanas y pasa su tiempo libre tocándolas y recuperándolas, proponiendo un nuevo modelo de restauración. Por otro lado catalanes y castellanos que reúnen a los últimos campaneros ancianos en activo, cada año menos, y con escasa continuidad.

Ruido de campanas

Mientras resurge la tradición aparecen las denuncias, siempre resueltas de manera individual: el ruido molesta a uno solo, en consecuencia se paran las campanas.

Es un gravísimo agravio comparativo: nadie propone que derriben una catedral porque ya no hacen coro diario, o porque ocupa un espacio central de la ciudad.

La única lectura posible de las campanas y sus toques es como fenómeno patrimonial. El paisaje sonoro, el conjunto de sonidos que definen a una comunidad es tan peculiar y propio como sus elementos arquitectónicos o su urbanismo y debe protegerse como tal. Nadie exige que una catedral se cierre porque sus puertas se abren hacia adentro o porque carezca de salida de incendios.

Una propuesta patrimonial

Nuestra propuesta está inventada por los antiguos: que las campanas suenen de día y no de noche, que los toques se limiten en el tiempo, con un máximo de cinco minutos, que las campanas mayores se reserven para las cuatro o cinco fiestas grandes del año (Navidad, Pascua, Corpus, los patronos del lugar), que se recuperen los toques locales antiguos y que se propicie y permita el toque manual.

Además, ahora que los relojes mecánicos son una especie patrimonial en peligro de extinción, proponemos que solamente éstos puedan sonar de día y de noche, mientras que los ordenadores suenen de ocho de la mañana a diez de la noche. Y que los escasos relojes mecánicos monumentales en uso, de remontaje manual, como los de las catedrales de Mondoñedo o de Santiago, sigan funcionando, gracias a la dedicación semanal en la primera o diaria en la segunda, de los encargados de remontar las pesas, con gran esfuerzo, pero también con gran interés personal.

Autores de todas las fotos del artículo: Mari Carmen Álvaro Muñoz y Francesc Llop i Bayo.